

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge

La venta exclusiva de

La Novela Semanal Cinematográfica

en España y América pertenece á la

Sociedad General Española de Librería

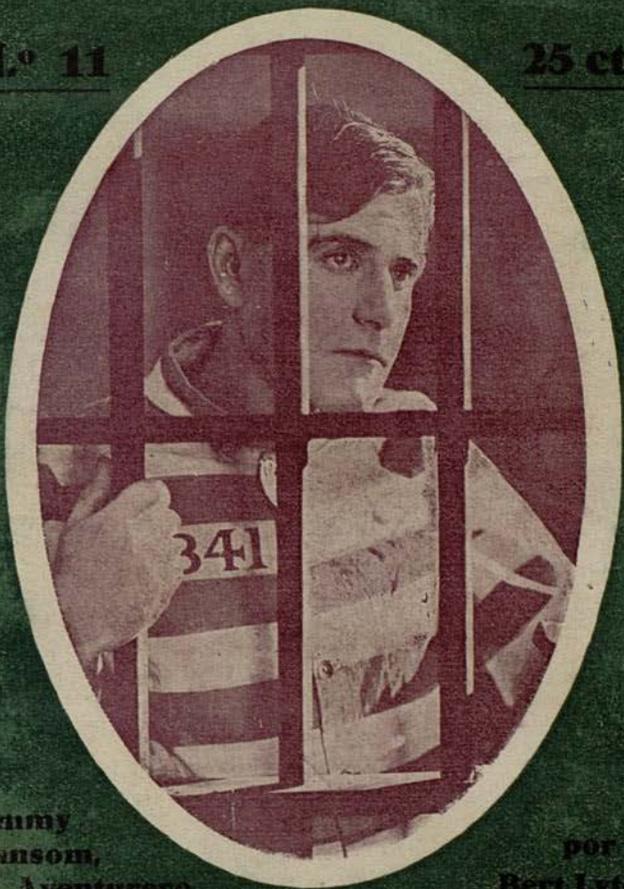
Ferraz, 21
MADRID

Barbará, 16
BARCELONA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 11

25 cts.



Jimmy
Sansom,
El Aventurero

por
Bert Lytell
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XI

JIMMY SANSOM
El Aventurero

PROTAGONISTA: BERT LYTELL
Metro Pictures Corporation

CONCESIONARIOS: JULIO CESAR, S. A.
Paseo de Gracia. 32 - Entlo. 1.^a—Barcelona.

El «golpecito» dado últimamente no era de despreciable importancia: seis mil dólares, nada más.... ¡nada menos!

Satisfechos del éxito de su nueva hazaña, viajaban en un tren de lujo Jimmy Sansom por apodo y Leo Randall por derecho de familia, y Tom Cotton, un admirador del sorprendente Jimmy.

Para Sansom, la emoción de abrir una caja de caudales era toda su vida.

Lo raro en Jimmy consistía en la facilidad

con que descubría las combinaciones más complejas de las cajas, por acorazadas que fueran.

El robo que acababa de efectuar con Cotton en el Citizens National Bank había sido rapidísimo: Cotton se encargó de propinar una paliza al vigilante nocturno y ponerlo «knock-out», para evitarle el disgusto de presenciar á tres palmos de sus mismas barbas el «abuso»; Jimmy operaba entretanto en la caja, la abría tras breve esfuerzo... y Cotton no tuvo mayor tarea que colocar en sitio conveniente un maletín y recibir en él una lluvia de billetes, billetazos y billetitos capaz de «mojar» el más recóndito bolsillo.

La misma noche de este juego, Jimmy Sansom y su «compinche» Cotton tomaron las de Villadiego, presintiendo que la policía olfatearía el trabajo, de marca propia, del hombre de los dedos «llaveros».

Ya el tren se hallaba lejos de la ciudad; estaban, pues, fuera de peligro los malhechores.

Jimmy Sansom y Cotton mataban el tiempo «tirando de la oreja á Jorge», y Cotton no acertaba á ganar siquiera una sola partida... quizá porque había empinado demasiado el codo en celebración del cobro de su parte en «el negocio».

Para procurar ventilar sus ideas, completamente en las tinieblas—de una curda fenomenal—Cotton fué á pasearse por el pasillo del tren, viendo en su zigzagueante deambulaci6n á una preciosidad de señorita, que ocupaba precisamente el departamento contiguo al suyo y de Jimmy. La señorita puso una cara de es-

panto al ver el estado denigrante de Cotton, huyendo apresuradamente de su presencia. El alcohólico, no obstante, había tenido tiempo de ver lo bonita que era la joven. Suponiéndose bastante firme de espíritu se reunió con Jimmy Sansom para proseguir jugando á los naipes... y ganar!

Decididamente, Cotton, no estaba en suerte aquella noche. Fastidiado por la suma que ya lleva perdida, renuncia ¡cosa rara en un jugador! á dar más gusto á la bolsa de Jimmy Sansom, y sale de nuevo al pasillo del coche. Por extraordinaria casualidad la linda vecina había abierto, en el mismo momento que Cotton apareciera, la puerta de su departamento especial para depositar en el suelo sus zapatos con el objeto de que el encargado de este servicio les sacara lustre. La viajera, que se hallaba en bata de dormir, intenta retirarse cuando vé á Cotton, cuyo semblante la disgusta en alto grado; pero el borracho ha sido más listo que la señorita y se cuela en su habitación groseramente, cerrando tras sí la puerta. La joven, haciendo inauditos esfuerzos por dominar su emoción, ordena á Cotton salga al momento de su departamento pero el beodo, enardecido, se arroja sobre la indefensa mujer que no acierta á usar de mayores armas que sus gritos desesperados.

Jimmy Sansom, que se había quedado en su departamento absorto en mil pensamientos distintos, oye perfectamente las angustiosas demandas de auxilio de su vecina. Hombre de noble corazón, Jimmy acude á socorrer á la viajera desconocida. Su cólera se desata con-

tra Cotton, al comprobar que éste es quien, canalescamente, abusaba de la debilidad sagrada de una mujer.

Cotton fué echado por Jimmy del departamento de la señorita, mas no quiso convenirse de la fea acción que cometiera y arremetía con furia contra él. La lucha de los dos camaradas del oficio tomó grandes proporciones... tan grandes que Sansom tuvo, contra su voluntad, para salvar su propia vida en peligro, que arrojar á la vía el cuerpo de Cotton:

La viajera, que había presenciado la horrible escena final de la lucha, agradecía con toda la fuerza de su ser el peregrino comportamiento de Jimmy Sansom, que arriesgó su vida por salvar la suya. No le fué posible expresar su gratitud inmensa á su salvador pues éste, á su vez, se lanzaba al vacío, desapareciendo entre el espacio gris y una lluvia persistente y copiosa de nieve.

Poco después de estos sucesos, Cotton era recojido por el maquinista y el fogonero de otro tren, que lo habían descubierto sobre el blanco mantel á tiempo de evitar que su cuerpo fuese hollado por las ruedas de su máquina.

Sintiéndose morir, Cotton, queriendo vengarse, manifestó á los que le prodigaban sus mayores cuidados para devolverle la vida:

—Me muero.... Jimmy Sansom me tiró á la vía.... El me ayudó á robar el Citizens National Bank....

Sólo tuvo tiempo de lanzar esta doble acusación sobre Jimmy... pues dió su alma á Satanás.

Como consecuencia de las numerosas y activas pesquisas que se llevaron á cabo en las inmediaciones del lugar donde fué hallado Cotton, Jimmy que, como es de fácil comprensión, se arrojara del tren para escapar á la persecución de la policía, que sería avisada en todas las estaciones de la línea tan pronto como Cotton fuera descubierto muerto ó cuando menos moribundo, no pudo evitar el ser detenido cuando más seguro estaba de su libertad en un pueblecito de apacible tranquilidad.

Se le formó inmediatamente una doble causa cuyo resultado lo envió por una larga temporada á la penitenciaría del Estado.

Cierta vez, á tenor de algunos rumores llegados hasta sus oídos, Doyle, un sabueso temible de la Inspección General de Policía, hablaba de esta manera con el Director de la penitenciaría donde cumplía su condena Jimmy Sansom:

—Sentiría, amigo Warden, que se quedase usted sin Jimmy Sansom. Se dice por ahí que quiere pedir la revisión de su proceso.

—Si, ya estoy enterado de ello—contestó el Director—. Le ha dado por insistir en su inocencia, sobre todo desde que inquietan á los presos esas Sociedades amparadoras del delincuente. Pero yo procuro oponerme. No quiero perderle; un ladrón de su categoría acredita el establecimiento.

—¿Sabe usted dónde se encuentra su compañero Bill Avery?—pregunta Doyle.

—Casualmente hoy lo pongo en libertad... es de los abonados asiduos—responde Warden.

—Convendría llamarle—indica Doyle—. Mi

pensamiento es utilizar á Avery para contrarrestar el juego de Jimmy Sansom.

Warden, el Director de la penitenciaría, manda llamar á Avery con urgencia.

El requerido llega á presencia de Doyle—que por su mala estrella conoce en demasía—y de Warden, al que había llegado á conocer sin bigotes.

Avery ya estaba preparado para salir á la calle y recibir en ella, con el aire puro, los besos del sol de la libertad.

—Tengo un buen «asunto» para usted, Avery —le dice Doyle, malicioso.

—Con tal que no sea de «ropa sucia».... Ya estoy harto de ser «lavandera»....—contesta Avery, amoscado.

—Jimmy Sansom mató á Cotton. Esto nos consta, aunque no hayan pruebas y él niegue toda participación en el hecho.... Pues bien, si usted lo testifica seré su mejor amigo. ¿Aceptado?—propone Doyle.

—¡Yo no hago una felonía á un camarada, ni por toda la Inspección General de Policía junta!

Esta fué la contestación enérgica del ladrón que, ponía de manifiesto de tal manera su incapacidad para cometer la menor traición á un amigo, á trueque de cobrar la impunidad de sus actos.

Bill Avery salió á la calle deseando perder de vista, durante todo el tiempo que buenamente fuera posible, la triste cárcel, lamentando únicamente que Jimmy Sansom se quedara en ella tan «benévolamente protegido» por Doyle y Warden, dos tigres del «deber»....

Apenas repuestos Warden y Doyle de la inesperada réplica de Avery, el primero, como Director de la penitenciaría, recibía una tarjeta en la que estaba impreso lo siguiente:

LA ESPERANZA DEL PRESIDARIO
Sociedad de Damas dedicada á libertar inocentes de las prisiones del mundo

SARA WERSTER

Presidenta

Doyle soltó una carcajada y no queriendo perder el tiempo con las filantrópicas damas se fué, encargando á Warden no perdiera la serenidad peculiar en un policía de su categoría aunque las «damas» fueran «damiselas».

Prevía la orden dada por Warden, la Junta de damas de la Sociedad «pro-presos», era conducida inmediatamente á su presencia. La molestia que se había tomado en arreglarse el nudo de la corbata no habría sido compensada por la aparición de bellos rostros femeninos, de no haber acompañado á las comisionadas de La Esperanza del Presidiario, de tiempos pretéritos, una encantadora joven, Rose Lane, hija de un millonario Director del First National Bank, en Sprigfield, Estado de Illinois.

La presidenta manifestó á Warden el motivo de su visita:

—Ha llegado á nosotras la noticia de que hace usted objeto de malos tratos á los presos, y venimos á reconvenirlo y á protestar enérgicamente—dijo.

Warden tuvo que morderse los labios para no contestar cual entendía á la que se entrometía en sus prerrogativas. Receloso de la in-

fluencia que la humanitaria asociación podía tener en las altas esferas políticas, el Director de la penitenciaría expuso, como contestación á la relación de la presidenta, su idea personal acerca del método á adoptar para dominar á los rebeldes:

—Créanme ustedes; —decía —no hay más que un medio de imponer la ley á los malhechores: mano de hierro.

—Nosotras entendemos que la caridad y la benevolencia pueden despertar en los más negros corazones deseos de rehabilitación. Además....

—Permítanme ustedes, señoras. Los delincuentes siempre son delincuentes: cometen el crimen porque aman el crimen. Yo se lo probaré á ustedes.

Y volviéndose á su secretario, rogóle:

—Haga pasar al italiano que me espera y dé orden para que comparezcan después Dick el Rata, y Jimmy Sansom.

Hablado de nuevo con las visitantes, las dijo:

—La persona que he enviado á buscar es inventor de un candado, recomendado por la Oficina de Prisiones, y que está pendiente de mi aprobación.

En el mismo instante, comparecía el «sabio» que, satisfecho, chispeándole los ojos de gozo, vanagloriándose de antemano del éxito que obtendría su creación genial, preguntó á Warden:

—Me ha llamado usted para hacer la «gran prueba», ¿no es cierto?

—Si, en efecto; vamos á ensayar su canda-

do poniéndolo en las manos de un ratero de cuidado. Veremos lo que hace...—dijo Warden.

—¡Este candado de mi invención, no hay en el mundo quién pueda abrirlo! ¡Los campeones de la ganzúa se estrellarán contra su mecanismo! ¡Es inviolable!—afirmó el inventor.

Cuando Dick el Rata fué conducido ante el Director que lo llamaba, éste le hizo entrega del candado diciendo en voz alta, para que todos le oyesen:

—Este hombre es un especialista de la ganzúa. Vamos á ver lo que haría si su libertad dependiera de violentar el nuevo candado.

Dick no se hizo repetir dos veces lo que Warden esperaba de él y, sin formulismo de ninguna especie, soltó al oído del Director:

—¿No puede usted «birlar» una horquilla de los moños de esas damas?

La pregunta secreta había sido oída por todos los presentes. Rose Lane fué quien satisfizo el deseo del preso, idiotizado.

Con tan sencilla herramienta, Dick se puso á la obra haciendo numerosas tentativas para abrir el candado, todas ellas vanas.

El inventor se partía de risa cuando, de improviso, Dick acertó en su nueva acometida con la horquilla contra el alma del candado. ¡Su triunfo era el mejor de su carrera, pues el candado en cuestión era difícilillo de tratar!

El italiano, desesperado por la terrible desilusión recibida, exclamaba con dolor:

—¡Catorce años trabajando en el candado para que me arruine una horquilla!

Warden, atribuyéndose el éxito, dijo al in-

ventor, á guisa de consuelo:

—No es usted el primero que ha sido arruinado por una horquilla.

El consternado italiano fué á esconder su fracaso lejos de la penitenciaría y Dick reconducido á la celda.

La experiencia demostrada corroboraba la opinión de Warden de que *el delincuente siempre es delincuente*.

*
**

Las damas de la Esperanza del Presidiario no se inclinaban ante la evidencia de los hechos y explicaron á Warden el porqué:

—Señor Warden, nos ha presentado usted el tipo más degenerado de delincuente.

A lo cual aquél repuso, convencido de que los nuevos hechos vendrían á confirmar los demás:

—No tardará en presentarse un malhechor de otro género. Este lee la combinación de una caja de caudales con la yema de los dedos. Abre la cámara acorazada de los Bancos sirviéndose únicamente de su maravilloso tacto. No hace mucho robó seis mil dólares al Citizens National Bank.

Jimmy Sansom penetraba en el despacho de Warden. Este le tomó aparte para enterarle de sus propósitos. Simultáneamente, Rose reconocía en Jimmy al hombre cuyo recuerdo sería imperecedero.... pues le debía la vida.

¡Rose Lane era la viajera desconocida!

La agradecida señorita puso al corriente á su tío, único caballero que con ella seguía á

las abnegadas damas, de quién era el preso:

—Tío Bob, ese hombre fué el que me salvó en el tren.

Rose se preguntaba á si misma la razón por la cual Jimmy estaba allí. ¡No sería, acaso, un inocente! ¡Oh, si; la nobleza que demostrara aquella noche que se vieron por vez primera, lo ponía á salvo de toda duda de su parte! Pero las consideraciones de Warden sobre Jimmy la intrigaron de tal modo que estaba esperando ansiosa el final de la entrevista.

Jimmy, sorprendido de ver á la viajera, cuyo rostro había quedado gravado en su espíritu á pesar del corto instante que duró la lucha con Cotton, se sintió sonrojado y tuvo que contener su emoción para contestar á las proposiciones de Warden, el alcance de las cuales había comprendido desde que éste empezara á hablar.

—Jimmy Sansom,—le dijo Warden—va usted á abrirnos esta caja de caudales....

—Ciertamente....—contestóle Jimmy—si usted me dice la combinación.

—¡Cómo!— exclamó disgustado Warden.— ¡Le he hecho el reclamo de su habilidad y ahora resulta que para abrir una caja de caudales necesita que le digan la combinación!

—Yo no he abierto nunca una caja de caudales— insistía Jimmy—. Usted lo sabe como yo.

—¡Sansom! ¡Acceda á lucir su habilidad abriendo una caja de caudales, ó de lo contrario.... le meteré en un calabozo de castigo!— amenazóle Warden.

—Le repito que no puedo hacerlo si usted no me dice la combinación— declaró Jimmy.

Y de ninguna de las maneras pudo Warden, despechado, obligarle á obedecerle.

El tío de Rose, instigado á ello por su sobrina, se acercó á Jimmy y le dijo:

—¿Ingresó usted en la Penitenciaría convicto de haber robado á un Banco?

—Sí, señor... pero soy inocente,—contestó Jimmy.

—Necesito que usted me explique todo,—prosiguió aquél—. Tal confesión podría significar su indulto.... Soy Vice-Gobernador del Estado.

Esta declaración produjo una buena impresión en el ánimo de Jimmy, quien dijo:

—¡Sí, señor; se lo diré todo!

No valieron las miradas amenazadoras de Warden: Rose, su tío y Jimmy fueron á hablar á otra habitación, con la venia de las bondadosas damas cuya misión, esta vez, defendían ellos mismos los dos primeros.

Cuando estuvieron solos, Rose manifestó á Jimmy:

—Jamás pensé encontrar aquí al hombre á quien tanto tengo que agradecer....

—Estoy avergonzado... avergonzado...—decía Jimmy, no osando mirar á la cara á su interlocutora.

El tío intervino:

—Pero ¿cómo pudo ser arrancarle una confesión si usted no es culpable?

—Preferí confesarme autor del robo del Banco, antes de que se descubrieran los motivos de mi lucha con Tom Cotton,—contestó Jimmy.

La confesión de Jimmy aumentaba el agra-

decimiento de Rose.

El tío, admirado del caballeroso proceder del preso, díjole:

—Cuenta con mi apoyo. Mañana mismo puede decir á su abogado que pida el indulto.

Rose agregó:

—No piense en lo que usted es, sino en lo



de ninguna de las maneras pudo Warden, despechado, obligarle...

que puede llegar á ser.... Adiós, señor Sansom.

—Así lo haré.—prometió Jimmy—Sólo quisiera, señorita, que no me llamara por mi apodo de desgracia. Mi nombre es Leo Randall.

Luego se reunieron á los demás.

Jimmy fué seguidamente devuelto á su celda. Las damas se despidieron de Warden el cual,

cuando el tío de Rose iba á partir, le preguntó:

—El mozo habrá charlado por los codos.... ¿no?

Severo, el tío hizo esta advertencia á Warden.

—Ha dicho lo que tenía que decir. Ahora, he de decirle una cosa: si llega á mi noticia que usted le ha castigado por hablar conmigo, pondré en juego toda mi influencia para que sea usted destituido.

Warden quedó pasmado. ¡Qué habría dicho el astuto Jimmy para merecer la protección del Vice-gobernador!

Para que no hubiera lugar á dudas de que seguía las indicaciones del significado personaje, Warden mandó llamar á Jimmy y le hizo objeto de las mayores consideraciones que puede apetecer un mortal.

Le regaló, puso en la boca y encendió inclusive, un habano, en prueba de amistad para que disfrutara un momento de libertad á su lado.... mientras él, conteniéndose la ira, se tragaba la saliva.... por no poder tragarse á Jimmy.

*
**

Unas semanas más tarde el Vice-gobernador había cumplido su palabra: Jimmy era puesto en libertad.

Bill Avery y otro compinche, Red Joclyn le esperaban en el hotel-restaurant-dancing más concurrido de la capital para ponerse á sus

órdenes pensando en nuevas hazañas delicias.

Las dos damas que ocupaban los principales cargos en La Esperanza del Presidiario también aguardaban al «inocente» que habían arrancado á la «injusticia». Cuando llegó el «héroe» se desvivieron por complacerle.... porque el muchacho era distinguido.... y simpático.

Jimmy se vió, pues, asediado por ambas señoras. La presidenta, con gesto de desprendimiento, le dijo:

—Tome usted: con esta carta obtendrá la plaza de Inspector del mejor cementerio de la ciudad.

Jimmy, á la par que agradecía esta muestra de interés, indicó á la buena dama:

—Sin embargo.... el cargo no está de acuerdo con mis actividades: jamás he robado ni siquiera una flor de una tumba....

—Guarde usted la carta, amigo nuestro, y quizá se decida usted á aceptar esta colocación mientras no se le presente otra mejor,—le contestaron las damas.

Jimmy así lo hizo, y se despidieron.

Red y Bill habían descubierto casualmente al detective Doyle en charla con el secretario administrativo del hotel. Se apresuraron, de consiguiente, á prevenir á Jimmy, cuya alegría al verlos fué grande.

—Doyle sigue nuestra pista. Ahora está en el piso inferior—advirtió Bill Avery.— Ese tío nos amarga la vida á Red y á mí.

En efecto, Doyle no tardaba en aparecer pero antes los dos camaradas de Jimmy se ha-



Con brazos de hierro, Jimmy evitó el crimen que hubiera sido fatal para todos.

bían escondido detrás de un cortinaje.

Intrigado por la favorable consecuencia de la revisión del proceso de Jimmy, Doyle preguntó á éste:

—¿Cómo se las ha arreglado usted para volar de la jaula?

—Ese es un secreto del que sólo yo tengo la combinación—contestó Jimmy.

—¿Ha visto á Bill Avery en alguna parte? Hace dos noches ha hecho una de las suyas y quiero echarle el guante.

—A mí que me cuenta usted....

—Ayúdeme á cogerle y olvidaré la caja de ahorros que usted «birló» últimamente.

—Me sorprenden sus palabras, Mr. Doyle: no he estado donde usted dice en mi vida.

—¡Haga porque coja á Bill Avery, si no quiere que le eche el guante á usted mismo!

—¡Sépalos usted, Doyle; ¡A mí, nadie me volverá á cojer!

—Los malhechores son ustedes pocos, y millares los delitos que se cometen en esta comarca. Muy difícil lo veo que se escape. Váyase con cuidado; éste es mi consejo.

Y se fué, deseando interiormente poder «darse el gusto» de demostrar á Jimmy que él no hablaba por hablar.

Bill Avery y Red salieron de su escondite, el primero hecho una furia revólver en mano para disparárselo á Doyle en la espalda. Con brazos de hierro, Jimmy evitó el crimen que hubiera sido fatal para todos.

—¡Doyle miente!—dijo Bill—Hace muchas noches que no cometo ninguna fechoría.... De lo único que me podría acusar es de haber re-

gistrado el cajón de una tienda esta mañana.... y eso no lo sabe aún....

Red intervino, con esta opinión:

—Temo algo de Doyle. Lo mejor será que nos larguemos á la América del Sur. Yo sé donde hay diez mil dólares, de los que podríamos apoderarnos.



¿Ha visto á Bill en alguna parte? Hace dos noches...

—¡Conmigo no contéis para eso!—declaró Jimmy.—¡Me averguenzo de los años que he malgastado.... Jamás volveré á abrir una caja de caudales!

—Pero, Jimmy—le decía Avery—¡Dios te ha dado un par de manos maravillosas y vas á dejar que se apolillen!

—Las cosas han cambiado, amigos míos. Una muchacha que cree en mi honradez me ha sacado de la penitenciaría y por nada del mundo volvería á mi antigua vida....

—Según eso— interrumpió Red en tono burlesco—has caído en la jaula dorada de una muchacha, y prefieres ser el «bicharraco sensacional» en un ambiente que no es el tuyo.

A Jimmy no le supo á gloria esta chanza y, olvidándose de quien era el bromista, lo cogió por el cuello y lo arrojó al suelo. Red comprendió su error:

—Perdóname, Jimmy,— le dijo— Ya sabes que sería capaz de dar mi vida por tí.

—Si.... lo sé, Red.... perdóname mi brusquedad.... pero haz el favor de guardarte las bromas para otra ocasión. Ahora, amigos míos, voy á hablaros como si fuerais mis hermanos: Doyle no nos dejará un momento de reposo porque está convencido de que siempre seremos los mismos malos sujetos. A vosotros dos desearía convertirlos en quincenarios para disponer de vuestras personas cuando más le cuadrase. A mi también intenta esclavizarme á su capricho. Armémonos, pues, contra la injusticia de la policía. Existe un medio, uno solo, que nos ponga á salvo de la persecución odiosa de Doyle: ese es el trabajo. Aquí está tu porvenir, Bill: una colocación, algo fúnebre.... de tres dólares diarios.

—¡Tres.... dólares.... al día! ¡Vaya una ocurrencia!—contestóle Avery—¿Quieres que me muera de hambre?

—Si te espavilas puedes llegar á ganar mucho más. Pero por ahora mejor es lo que te

ofrezco que estar en presidio á pan y agua.

Avery meditó breves instantes, tras los cuales aceptó la proposición de Jimmy, manifestando:

—Si yo puedo ser honrado, tú tienes que poder serlo también.

—Todos seremos honrados; en la rehabilitación hallaremos la tranquilidad. Desde ahora voy á ocuparme de encontrar un empleo para Red y otro para mí.... y al agua las penas. La vida es nuestra.

Bill se separó de Jimmy y Red para ir á asegurarse el empleo.

La casualidad, ó, en este caso, mayormente la voluntad femenina deparó á Jimmy el feliz encuentro de Rose Lane y su padre. El corazón de Jimmy le dió un brinco en el pecho. ¡Precisamente estaba pensando en ella!

El padre de Rose se mostró muy afable con Jimmy:

—Mr. Randall,—le dijo—soy el padre de Rose y director del First National Bank de Springfield. Mi hija me ha pedido para usted una colocación en mi Banco y vengo á ofrecerla.

—No vacile, Mr. Randall,—agregó Rose, cariñosa. Acepte usted.

—Acepto con mil amores. Estoy maravillado de que usted me haya hecho semejante proposición.

Antes de que desaparecieran Rose y su padre, Jimmy y ella habían tenido tiempo de cambiarse tiernas miradas.

Jimmy volvió al lado de Red, que le sonreía beatíficamente, y le anunció con solemnidad:

—Amigo Red, desde hoy quedas nombrado vigilante de un Banco Nacional.

¡Los tres ociosos iban á cambiar radicalmente de vida!

*
**

Tres años después.

Jimmy estaba entonces tras muy distintos barrotes y Red vigilaba en lugar de ser vigilado Avery por su parte, continuaba en su empleo de Inspector.

La vida se deslizaba feliz para los tres antiguos camaradas en sus respectivas esferas.

Cierta día, Mr. Lane, padre de Rose, sorprendió á Jimmy con una buena é inesperada noticia nombrándole auxiliar del cajero principal del Banco. No sabía Jimmy como expresar su agradecimiento por tal ascenso.

Palmoteándole en la espalda, el señor Lane le dijo:

—Bien se lo ha ganado, amigo mío.

Jimmy tomó posesión de su nuevo despacho y se puso inmediatamente al habla por teléfono con Rose:

—Miss Rose.... estoy muy agradecido á usted.... He sido ascendido.... la supongo á usted al corriente de ello....

—Si.... He indicado á mi padre que sería usted un perfecto auxiliar del cajero.

—Es usted muy buena; no creo merecer cuanto usted hace por mí....

—Acabo de descubrir en su modestia una nueva cualidad.... ¿Quiere usted venir á ver merendar á los pequeñuelos? Los tengo reuni-

dos en el jardín.... Da gloria verlos. Escápese usted por un momento nada más....

—Vuelo hacia su casa, Miss Rose.

Jimmy llegaba en un santiamén al jardín de la Villa del Director del Banco. Los hermanitos de Rose le recibieron con muestras de sincera alegría; era su buen gran amigo.

Jimmy bendecía la oportunidad que le brindaba el destino para abrir su pecho á Rose, bajo un frondoso árbol del jardín:

—Miss Rose.... no sé lo que daría porque usted leyera en el fondo de mi corazón. Su confianza ha sido la vida para mí.... Su fé me ha ennoblecido.... Es usted un ángel....

Jimmy había hecho esta confesión con toda su alma, y esperaba febrilmente la contestación de Rose. Esta, enamoradísima de Jimmy, le entregaba el mayor tesoro del mundo con esta respuesta:

—No aspiro á ser un ángel, Leo. Me contento con ser la mujer que usted ama, y con corresponder á su cariño.

—¡Oh, Rose! ¡Mi cielo!

Una monísima pareja de pájaros imitaba graciosamente á los dos enamorados, juntándose los piquitos....

*
**

Sospechando que en el tiempo transcurrido Jimmy tendría muchas cuentas que rendir á la justicia, Doyle habia comprado para el joven, como regalo de Navidad, un par de sólidas esposas. Y sostuvo una conversación con el Comisario de policía de la capital:

—Hace ya tres años que no veo á Jimmy San-

som—le indicó.—¿Dónde cree usted que puede encontrar á ese mozo?

—Segun mis últimas noticias está trabajando en el Banco Nacional del Estado de Illinois—contestó el Comisario.

—¿Trabajando en un Banco, ha dicho usted?—exclamó Doyle—Si no me lo dijera usted en ese tono, lo hubiera tomado á broma. Tomaré el tren esta misma noche. Es posible que como resultado de mi viaje pase Jimmy Sansom los días de Navidad en una celda de castigo. ¡El, trabajando en un Banco! ¡Es gracioso!

Conforme habíaselo anunciado al Comisario de policía, Doyle partía aquella noche hacia el lugar en que se hallaba su «entrañable» Jimmy.

A la sazón, en el Estado de Illinois, ocurrían cosas trascendentales en la vida de Leo Randall, el antiguo Jimmy Sansom. En efecto, éste ocupábase activamente de los preparativos del día más venturoso de su vida. El fiel vigilante del Banco Red Joclyn, tiempo atrás aprovechado alumno de Caco, fué el primero en recibir la fausta noticia por medio de una tarjeta que Jimmy, sonriéndole, le había entregado. Los ojos de Red se asombraron al leer esta participación de enlace:

MR. JOHN LANE
tiene el gusto de invitar á

Mr. Red Joclyn
al enlace de su hija

ROSE

con

LEO RANDALL

que se efectuará el día 20 de los corrientes
en la Catedral de San Jorge

—Mi enhorabuena, querido amigo; esto si que es saber aprovechar el tiempo. Te deseo la mayor felicidad posible.—le dijo.

Los dos buenos camaradas se expresaban mutuamente su franca alegría, cuando el recuerdo de la vida de antaño vino á nublarla bajo la forma de un telegrama, llegado de lejos, que decía:

“Mr. Leo Randall.—Doyle llegará á esa esta tarde á las cuatro.”

A Jimmy y Red se les heló la sangre en las venas al enterarse de la próxima llegada del detective, el alma negra, su mala sombra.

—El telegrama no tiene firma de nadie. ¿Quién lo habrá expedido?—preguntó alarmado, Red á Jimmy.

—El mismo Doyle.... naturalmente,—contestó Jimmy—Jamás me veré libre de él hasta que no le dé un chasco definitivo. ¡Si pudiera demostrarle que yo no soy yo!....

Temeroso de las malas ideas de Doyle en lo que hacía referencia á ellos, Red manifestó á Jimmy:

—Tú, entretente en eso, pero yo me largo.

—Cualquier cosa antes que abandonar el puesto—díjole Jimmy—. Todo lo que tienes que hacer, para que Doyle no sospeche lo más mínimo, es procurar que no te vea.... Lo peor es que Bill Avery también ha anunciado su visita para esta tarde. ¡Quiera Dios que venga antes que Doyle!

—Jimmy, amigo Jimmy, ese perro de Doyle... Yo le temo...—confesó Red.

...¡Ea!—contestó con energía Jimmy—¡Quién dijo miedo! ¡Estoy seguro de probar la coar-

tadal

Aquí tuvo fin la conversación de Red y Jimmy pues Rose se presentaba en el despacho de éste con sus hermanitos.

—Buenas tardes, Red.—dijo—¿Qué tal, Leo? Voy á comprar el regalo de papá; dejaré aquí á mis hermanos. Vigíelos usted bien, Red; ya sabe usted que son terribles.

Red llamó á los niños, que le querían mucho:

—Venid conmigo, buenas piezas.... os contaré el cuento de Caperucita Roja....

Al quedarse sola con Jimmy, Rose le preguntó, cariñosa:

—¡Estás triste! ¿Es que sientes perder la libertad de soltero?

—Amada mía.... —díjola él— y si algo sucediera.... si....

—No, Leo;— le aseguró ella.— Nada malo puede suceder.... Y si sucediera, nuestro amor lo vencería todo....

Red condujo á los niños en lugar seguro y, después de recomendarles prudencia en sus juegos, volvió al despacho de Jimmy del que Rose había salido ya, para preguntarle donde debía ocultarse.

—Aguarda un momento— díjole Jimmy.— Haga pasar á Mr. Cronin.—ordenó á un empleado.

¡Mr. Cronin era el mismo Avery.... algo cambiado, eso sí, con una respetable levita y un soberbio sombrero de copa, cual correspondía á un Inspector del mejor Cementerio!

Jimmy y Red no pudieron contener la risa al recordar al Avery de otros días menos venturosos.

Avery traía unos papeles que se referían al primo de Jimmy Sansom que, como éste, se llamaba Leo Randall. Dichos papeles los había guardado hasta entonces Avery pensando en que algún día, que siempre los hay aciagos en la vida, podrían servirle á Jimmy.

—Estos recortes y fotografías se refieren á



Jimmy y Red no pudieron contener la risa al recordar el Avery de otros tiempos...

mi primo Leo Randall. Yo creo que Doyle, si no se convence de que no soy el apodado Jimmy Sansom, por lo menos me dejará en paz. Amigos míos,—les dijo Jimmy—hay que conquistar á pulso la categoría de hombre honrado.

Doyle había llegado ya al Banco y sido re-

cibido por Mr. Lane, padre de Rose, quien contestó á las preguntas de aquél de esta manera:

—Todo lo que le puedo decir de Mr. Randall es que lleva conmigo tres años y que tengo en él una confianza absoluta. Venga usted, Mr. Doyle: mejor será que le interrogué á él mismo.

Red, puesto al acecho, avisó á Jimmy y Ave-ry para que éste se marchase, lo cual hizo rápidamente.

Frente á frente, y dejados solos por el discreto Mr. Lane, Doyle miró con aire de vencedor á Jimmy. Mas éste empezó á interpretar su papel en la comedia que había preparado:—

—Su nombre, ¿hace el favor?—le preguntó—Doyle....—contestó éste—pero no intente engañarme, Jimmy. Son tantas sus fechorías, que van saliendo poco á poco. Ahora está usted reclamado por el Estado de Massachusetts.

—Y usted viene en mi busca creyendo que soy Jimmy Sansom. Pero.... ¿es cierto que me parezco tanto á él?

Doyle no daba crédito á las palabras de Jimmy y mantenía su arrogante actitud para con él. Quería permitirse inclusive revolver papeles.

—Está usted agotando mi paciencia, Mr. Doyle.—le dijo al fin Jimmy— Sentiría tener que llamar al vigilante y ordenar que lo arroje á usted del Banco.

Al oír que se le aludía, Red se dió prisa á escabullirse.... para que acudiese otro vigilante caso de que Jimmy lo requiriera.

—No vale decir las cosas—contestó con cal-

ma Doyle;—quiero que me pruebe usted que *no* es Jimmy Sansom.

—Me parece que lo que usted quisiera tener es la prueba en contrario; pero en fin: voy á convencerle de que *no* soy Jimmy Sansom.

Jimmy enseñó al sorprendido Doyle los recortes de periódicos y fotografías que se referían á banquetes y á conferencias benéficas organizadas por su primo Leo Randall, verdadero nombre de Jimmy Sansom, bajo el cual era conocido en el Banco.

Doyle no quería, sin embargo, rendirse ante la evidencia de los hechos é insistió en su acusación exigiendo una nueva prueba, la que lo sacaría de dudas.

—Supongamos que ha logrado probar la coartada, Jimmy. Lo que usted no podrá ocultar es la cicatriz de su muñeca izquierda.

Con naturalidad pasmosa Jimmy descubrió su muñeca. ¡Nada! La cicatriz que existía tiempo atrás había sido suprimida desde que Jimmy quiso ser un hombre de bien:

Vencido en toda la línea, Doyle confesó.

—El caso es singular, Mr. Randall, Sospecho que he padecido un error. Le presento mis excusas. Y, á decir verdad, siento que no sea usted Sansom, porque me habría gustado ver trabajar á aquel mocito.

Apenas había salido Doyle del despacho de Jimmy, cuando Red, como alocado, entró gritando:

—¡Jimmy, ven enseguida! ¡Kitty está encerrada en la cámara acorazada!

Kitty, hermana de Rose, jugando con su hermanito, había sido inocentemente encerrada

en la cámara por él.

—¡Dios mío!—exclamó Sansom—¡y no sabemos la combinación!

Escuchando solamente la voz de su conciencia, Jimmy venció el escrúpulo de la promesa que hiciera para rehabilitarse, y acudió veloz á salvar á la infeliz criatura que corría el riesgo de asfixiarse.

—¡No te desespere. Kitty! ¿Me oyes? ¡Ahora voy á abrirtel!...—gritó á la pequeñuela—Sabe Dios si sabré abrir después de tres años sin ejercitar los dedos... Habré que pulir las yemas. ¡Ea, no hay que pensar más: pongámonos al trabajo con la antigua fé!

Una sombra se dibujó en la pared... Era Doyle que, espiándole, le había seguido hasta allí.

—¿Creía usted haberme convencido?—le dijo, sardónico.

Aniquilado por tan odiosa persecución, Jimmy se plañió:

—¡Años enteros ha estado usted esperando verme hacer esto!... ¡La lástima es que por fin lo va á conseguir, ya que las circunstancias me obligan!

—No comprendo.....—balbuceó Doyle.

—Sí,—aclaróle Jimmy,—he de sacar de la cámara la cosa más valiosa del mundo.

Sin atender á mayores razones, Jimmy sangró sus dedos buscando la combinación. La fiebre le iluminaba el rostro; Red le secundaba con heroísmo.

—¡Luz!... ¡Veintidós!... ¡Ya está! ¡Una niña! exclamó Jimmy.

Rose, llegada en aquel momento, vió como

Jimmy salvaba á Kitty de una muerte segura.

Cumplida su misión, Jimmy, avergonzado dijo a su novia:

—¡Ahora ya sabes mi habilidad... esta deshonrosa habilidad que en vano he ocultado con tanto afán!

Emocionada, Rose le abrazó, asegurándole:



—¡Leo, para mí serás siempre el mejor de los hombres!

—¡Leo, para mí serás siempre el mejor de los hombres!

Doyle, dominado por los mejores sentimientos, preguntó á Jimmy:

—¿Está usted prometido con esta señorita? ¿Van ustedes á casarse pronto?

Rose contestó afirmativamente.

—Pues bien: estoy convencido de sus miras honradas, Jimmy, y le prometo no volver á cruzarme más en su camino, durante mi vida.

Y se fué, esta vez vencido por la nobleza de un hombre.

—¡Rose,.... mi Rose!....—dijo Jimmy á su novia—¡Quiero ser bueno!.... ¡quiero ser bueno y honrado!

—Ya lo eres, Leo.... ¡ya lo eres!...—contestó le ella, amorosa.

FIN

(Prohibida la reproducción del texto sin mencionar procedencia)

Próximo número:

LA FINÍSIMA NOVELA-FILM

LA PRIMERA NOVIA

POSTAL-FOTOGRAFIA:

FRANK MAYO

Precio: 25 céntimos

No dejen de adquirirlo

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 - TARRASA
